

PROYECTO DE UN DISCURSO DE INGRESO EN LA ACADEMIA DE LA LENGUA

Antonio Machado

[...] En los años de la guerra y en los que inmediatamente la siguieron, entre múltiples escuelas literarias que duran unos días, efímera producción de grupos de vociferadores que aspiran a la abigarrada y absoluta novedad, aparecen dos frutos maduros y tardíos —mejor diré rezagados— del espíritu ochocentista. Me refiero a la obra de Marcel Proust en Francia y de James Joyce en Inglaterra. Ni Proust ni Joyce pueden llamarse poetas, en el estricto sentido de la palabra, pero los poemas esenciales de cada época no siempre son la producción de los cultivadores del verso.

À la *recherche du temps perdu*, se llama la interminable novela de Marcel Proust, cuyas últimas copiosas páginas aparecieron después de muerto su autor. En ella vemos cerrado con llave de oro, el ámbito de la novela burguesa del ochocientos francés. Es el poema donde resuenan los últimos compases de la melodía de un siglo. El poeta analiza su propia historia, una existencia vulgar sin ideales ni heroísmo, y en cada momento de ella nos revela un haz de inquietudes y esperanzas intrascendentes. Para Proust, este gran epígono del siglo romántico, el poema o la novela —¿no es la novela un poema degenerado?— surge del recuerdo, no de la fantasía creadora, porque su tema es el pasado que se acumula en la memoria, un pasado destinado a perderse, si no se rememora, por su incapacidad de convertirse en porvenir. Si examinamos sin prejuicios literarios la novela proustiana, veremos claramente que su protagonista es el tiempo, marcado con el signo ochocentista, del siglo ya decrepito que se escucha a sí mismo. El personaje que habla y cuenta su pobre vida de *snoob* dista mucho, en verdad, del héroe de las novelas de Stendhal, viva estampa de la burguesía recién emancipada, en su período napoleó-

nico; mucho, es cierto, de aquel Julián Sorel cínico y sádico, cuya alegría vital le convierte en ídolo de las damas y en fácil castigador de duquesas. No tanto, sin embargo, que se sea otro, porque es él mismo, envejecido y pocho, vitalmente disminuido, que ha ganado en reflexión cuanto ha perdido en confianza de sí mismo, en ímpetu acometedor y en voluntad creadora. La burguesía con zapatos nuevos que nos pinta Balzac aparece en el alma de Proust en su período declinante y defensivo, madura de nostalgia, horra de idealidad, ansiosa de crear su propia tradición, de convertirse a su vez en aristocracia. Proust es un gran psicólogo, fino, sutil y autoinspectivo, y un gran poeta de la memoria, que evoca, con una panorámica visión de agonizante, toda una fenecida *primavera social*. Proust es el autor de un monumento literario que es, a su vez un punto final; Proust acaba literariamente un siglo y se aleja de nosotros luciendo, como los gentileshombres palatinos, una gran llave dorada en el trasero.

El *Ulises* del irlandés James Joyce es a su manera —manera, en verdad, demoníaca— obra también de poeta. Si la considero fruto rezagado del ochocientos es porque me parece que sin haber seguido con atención la más turbia corriente del siglo romántico, no acertaríamos a comprender de ella una sola página. ¿Es la obra de un loco? La locura es una enfermedad de la razón y este monólogo de Joyce está fría, sabia y sistemáticamente desracionalizado. No hay razón que pueda enfermar en todo el libro, porque el pensamiento genérico ha sido, valientemente, arrojado por el autor al cesto de la basura. No puede ser producto de un débil mental cuya conciencia fragmentaria se vierte al fin alguna vez en moldes racionales, sino de una robusta inteligencia, capaz de someter muchos cientos de páginas a un completo expurgo de toda lógica externa. Si la obra de Proust es el poema de la memoria, la obra de Joyce pretende ser el poema de la percepción, horra del lógico esquematismo, mejor diré de la expresión directa del embrollo sensible, la caótica algarabía en que colaboran, con la heterogeneidad de las sensaciones, toda suerte de resonancias viscerales. Exigir inteligibilidad a esta obra carece de sentido, porque el lenguaje no tiene en ella nada que comunicar. Las palabras, a veces, se reúnen en frases que parecen significar lógicamente algo, pero pronto observamos que se asocian al azar o por virtud de un mecanismo diabólico. El lenguaje es un elemento más del caos mental, un ingrediente del bodrio psíquico que el poeta nos sirve.

Si la obra de Proust es literalmente un punto final, mejor diré un canto epilodal, en tono menor, de todo un siglo de novelas, la obra de Joyce es una vía muerta, un callejón sin salida del solipsismo lírico del mil ochocientos. La extrema individuación de las almas, su monadismo hermético y autosuficiente, sin posible armonía preestablecida, es la gran chochez del sujeto consciente que termina en un canto de cisne que es, a su vez —¿por qué no decirlo?—, un canto de grajo. Obra del anticristo ha llamado al *Ulises* el alemán Curtius. Y en verdad que este libro sin lógica

es también un libro sin ética y, en este sentido, satánico. Pero no hay que asombrarse por ello: los valores morales tienen el mismo radio que las ideas, el eclipse de los unos y de las otras son fenómenos necesariamente concomitantes.

En el *Ulises* de Joyce, en un solo momento literario, podemos estudiar todo lo que hoy se llama, con equívoca y desorientadora denominación, surrealismo: una definitiva desintegración de la personalidad individual por acortamiento progresivo del horizonte mental. El sujeto se fragmenta, se corrompe y se agota por empacho de subjetivismo. El desfile vertiginoso de sus imágenes no es ya fluir de una conciencia, porque estas imágenes, que unas parecen brotar de lo hondo y otras venir de fuera, pretenden valer por sí mismas, no pertenecer a nadie, no guardar relación entre sí; no constituyen de ningún modo un objeto mental que pueda contemplarse, conservando no obstante, la antipática frialdad de lo objetivo.

Continuar a Joyce, tomar como punto de partida su obra, parece, a primera vista, empresa más ardua que escribir novelas después de haber leído *À la recherche du temps perdu*. Algo hay, sin embargo, en el libro del irlandés, no obstante lo absurdo y extremado de su contenido y, acaso por ello mismo, que mira al porvenir. Dicho de otro modo: cuando una pesadilla estética se hace insoportable, el despertar se anuncia como cercano. Cuando el poeta ha explorado todo su infierno, tronará, como Dante, a *rivedere le stelle*, descubrirá, eterno descubridor de mediterráneos, la maravilla de las cosas y el milagro de la razón.